

hasta su muerte. Sus últimos años se vieron ensombrecidos por la muerte de su hija Carolina (8 de junio de 1837). Unos años antes, recién llegado de Rusia, Sor acariciaba la idea de volver a España, y escribía así a Fernando VII:

«Señor,

La aceptación que mis producciones han merecido y el modo lisonjero con que los Soberanos de los países en donde he estado han honrado mi débil talento me han hecho siempre echar de menos el honor de obtener la misma aceptación de la nación a que pertenezco, y a la que debo los primeros elementos de la Ciencia Harmónica. El Jefe Supremo de la Iglesia Cathólica, a cuyos pies fue presentado un Himno de mi composición a la Santa Cruz, acaba de condecorarme con la de su Orden, y lo que más me lisongea en este acto es la idea de honrar en quanto depende de mí el nombre Español.

La obra que ofrezco a los pies de Vuestra Magestad es en mi juicio lo mejor que he compuesto; y no satisfaría los deseos de mi corazón si no la dedicase humildemente al primero a quien debo este homenaje, y el Soberano cuya aceptación me honrara si la obtengo más que otra alguna.

Señor,

A.L.R.P. de V.M.

Fernando Sor».

No sabemos cuál fue la respuesta del rey. Mejor dicho, ni siquiera sabemos si hubo respuesta.

El 10 de julio de 1839, después de varios meses de padecer una dolorosa enfermedad y, probablemente, el desaliento y la tristeza, Fernando Sor

muere. En sus últimos días recibió la visita de dos compatriotas suyos, Eugenio Font y Moresco y Jaime Battle. Algunos años después, Font y Moresco escribió unas páginas dedicadas a recordar esa visita; de ellas, merece leerse el último párrafo: «...léese que *Sors murió en un estado poco menos que miserable, y careciendo de lo más indispensable*. No sabemos nosotros cuál era su posición pecuniaria al fallecer, pero sí podemos decir, para satisfacción de sus amigos y admiradores, que el aposento que ocupaba en un tercer piso estaba muy cómodamente y hasta con cierto esmero amueblado, y que nada revelaba en él la mansión de un hombre en estado de penuria o indigencia: ya debiese las comodidades que disfrutaba a manos de amigos y protectores caritativos; ya le permitiesen procurárselas sus propios recursos. Pero sea de ello lo que fuese, es lo cierto que aquel hombre eminente acabó sus días, como otros artistas, paisanos suyos, en el extranjero. ¿Qué prueba esta circunstancia? Que nacieron en un

país ingrato que no premia el mérito de los artistas. España les da el ser: otro suelo desarrolla su genio, y lo estimula y recompensa. En estrañas naciones, los aplausos, la consideración, los lauros: en España, el desdén, la frialdad, el olvido. Hablen, si no, los artistas españoles que en vano hacen laudables esfuerzos por dar a conocer los frutos de su ingenio, y alcanzar el renombre y la estima de que son dignos. Hablen los jóvenes compositores que en estos últimos cuatro años han dado sus obras a los teatros de Barcelona. De Barcelona, la segunda capital de España, y que con tanto engreimiento se arroga títulos que pueden disputársele. ¿Quién pronuncia los nombres de Domínguez, de Cappa? ¿Qué estímulo han encontrado estos dos distinguidos compositores entre los que debían alentarlos? ¿Qué galardón recibieron los partos de su talento? ¡Artistas españoles, que sentís en vuestras mentes la llama del genio, si llevados de un noble amor a la gloria aspiráis a conquistar las palmas y coronas a que sois acreedores, pasad las fronteras de vuestra patria; las recompensas que ésta os destina son la indiferencia, el desaliento y quizá la miseria!».

Compositor, intérprete, pedagogo

La figura de Fernando Sor es muy digna de consideración bajo tres aspectos: como compositor, como ejecutante y como pedagogo. Su obra para guitarra sola y para dos guitarras comprende 63 pie-

